

Reseña

Retratos y atmósferas urbanas. Recordando a Pedro Lemebel, editado por Betina Campuzano. Universidad Nacional de Salta. Dirección de Publicaciones e Impresiones, 2016. 100 pp.

Desde allí, caminando por sus calles de baldosas
quebradas y rejas mohosas, se puede mirar la
ciudad de Santiago con cierto orgullo.
“La república libre de Nuñoa”
P. Lemebel

“**P**are, mire, escuche. Cuidado con los trenes” (92), se ve en una de las catorce fotografías que acompañan igual número de crónicas urbanas de estudiantes de Letras de la Universidad Nacional de Salta (UNSa). Y más que advertencia, esa imagen funciona como *leitmotiv* de sus autores, consagrados a detenerse, mirarse, escucharse, pero también seleccionar y bajar al papel escenas de su cotidianidad, no en homenaje sino en una muestra de “contagio” de Pedro Lemebel, como señala Betina Campuzano, coordinadora del libro.

Si bien al lector le es advertido que los autores de las crónicas y de las imágenes son estudiantes y lectores, mas no artistas, el despliegue de textos y fotografías refleja el cuidado en la elección de palabras y momentos que desean avivar. Esto se debe a dos motivos: la compilación es la segunda edición de los relatos –la primera confeccionada con colaboraciones de los mismos autores “de manera artesanal” por Killa Ediciones (15)– y se trata de textos expuestos en la muestra colectiva en el Museo Histórico de la UNSa en abril de 2016, resultado del proyecto de la cátedra “Problemáticas de las literaturas argentina e hispanoamericana” en 2015, de la Licenciatura de Letras de la misma institución. La elaboración de los textos contó con la guía de Rafael y Verónica Gutiérrez, además de la propia Campuzano, en la parte escritural, y de María Laura Buccianti, Daniela y Juliana Romano, en la visual.

Son, por lo tanto, miradas aguzadas, textos trabajados que, aun cuando son cotidianos, son producto no de la espontaneidad sino de una intención que se

antoja política, en tanto son experiencias surgidas del contacto o choque, según se vea, con lo urbano.

¿En dónde, entonces, Lemebel? En la mirada aguda, encargada de desmenuzar, que por tratar lo individual llega a lo comunitario, acaso universal; en la destreza de saber “reunir los diferentes lenguajes artísticos de su producción [...] un afán etnográfico y testimonial” (16).

Es así como los textos interpretan o reproducen sonidos diarios, decires populares que llenan de familiaridad páginas en las que el lector encuentra empatía, e incluso puede encontrarse a sí mismo. Los textos despliegan el oído de sus autores, de ahí que logren escucharse las voces de los protagonistas, a veces ellos, a veces sus familias o acompañantes de ocasión, personas que captan lo mismo su atención que sus sentidos.

Desde las crónicas urbanas se construye memoria, se configura una memoria personal y colectiva. Es, por ello, el cruce de lo personal con lo colectivo, el de la singularidad autobiográfica con lo más universal, de ahí que trascienda barreras técnicas y estéticas; de ahí que esté en constante renovación, tanto como la lengua que acompaña esas singularidades y colectividades.

La compilación presenta, entonces, visajes escritos que dan cuenta de la forma en que las personas viven sus problemas, dolores, partos, soledades, miedos, desconciertos, taras, traumas, prejuicios... su ciudad y la inseguridad, los malos olores, la explotación laboral o la discriminación que invaden el ambiente y que acuden a la cita lo mismo en un “bondi” que en un “remís” (legal o ilegal); presenta esos acontecimientos que obligan a la reconfiguración familiar. Esto es, la visión sobre “una sociedad viciada de posmodernidad” (13), a veces también en forma de negligencia, como en la crónica “La nueva”, donde se lee un “‘Quedate quieta que así no puedo trabajar, que te pensás que tengo tiempo de sobra para estar esperando tus ganas y que te dejés revisar. Tengo muchas pacientes que atender’, le gritó la doctora” (38).

Y esto es lo que hace que, pese a las particulares fechas citadas, como en “En octubre no hay milagros” donde se alude al terremoto del sábado 17 de octubre de 2015 en Salta, las crónicas no perezcan. En suma, técnicas pulidas, narraciones en primera persona y acontecimientos ordinarios –nada extraordinarios– pero elocuentes, se lee en “Aromas urbanos”, donde los ojos inquisitivos de “una señora de nariz respingada y de aires cortesanos, que entre gestos insinuantes meneaba la ñata, engusanada por el aire contaminado” (82) buscaban en “unos jóvenes con camisetas de fútbol y zapatillas [o en] una cabeza de largas y gruesas rastas [o en] un rostro moreno de facciones andinas” (84) al o a los responsables de la pestilencia en el bondi.

Asimismo, hay regresos a tiempos perdidos que son releídos y resignificados, recontextualizados y comprendidos, vistos desde una mirada más crítica como en “Un poco de wāj no se le niega a nadie”, cuya evocación a la infancia resulta culpable –o llena de una responsabilidad que entonces no se tenía–, pero donde, sobre todo, existe una voluntad por evitar el olvido: “Del lado de allá, al otro lado de las vías, ocurrían cosas interesantes que aún no quiero olvidar” (88), aunque algunas muertes lo pueblen.

“¿Cómo podíamos comparar nuestras escrituras, nuestros modos de decir y ver el mundo con los de un escritor como Pedro Lemebel?” (97), pregunta Valeria Fernández en el epílogo. En este trabajo que salió de los muros de la universidad no hay comparación, hay gestos que pueden servir para evitar el olvido y la indiferencia.

Rosana Ricárdez Frías
rosanaricardez@gmail.com
Universidad de Chile